

ALBERTO PULIDO SILVA †
(2 de junio de 1919 - 12 de febrero de 2004)

Un lunes de septiembre de 1972 conocí de cerca a mi primer maestro en la Carrera de Letras Clásicas. Para mí, que venía del campo a la gran ciudad lleno de las timideces naturales de esa circunstancia, la sola idea de entrar en contacto con un “profesor universitario” a tal grado significaba una experiencia casi sobrenatural, que me ponía en crisis la duda acerca de la conducta que debería observar en las nuevas aulas donde pretendía hacer una carrera profesional. Pero, como por arte de magia, todas las aprensiones desaparecieron cuando en aquel pequeño salón destinado a la clase de Griego 1 me encontré con un hombre hecho de amor, de cuerpo bajo, pero de alma grande. Con las palabras más corteses que de aquel entonces pueda recordar, me invitó a sentarme, como quien hace pasar a su casa a un viejo amigo que no ha visto durante años. Todavía más, no lo sentí revestido de la soberbia del “catedrático universitario”, como, erróneamente, imaginaba a mis inminentes profesores; al contrario, aquella primera “clase de griego” fue como una reunión familiar en que Pulido, como después lo llamaríamos entre los compañeros, nos habló de sus hijos mayores, y nos presentó a su esposa y a una hija acaso de dos o tres años, la cual, para sorpresa mía, “hablaba” griego clásico, hecho que prueba sin duda la vocación y entrega del maestro a las lenguas clásicas.

De entre las obras que dejó Alberto Pulido Silva —sin contar las generaciones de alumnos que haya formado en sus clases de filosofía, literatura, lengua española o griega—, quiero destacar su traducción de la *Ilíada*, que fuera hecha por encargo de Editorial Diana, hacia 1970, y publicada muy posteriormente por la Secretaría de Educación Pública. Ésa, al parecer, fue la primera traducción de la *Ilíada* que en México se hiciera de manera completa, y

de la cual, antes que se publicara, escuché el canto noveno de la propia boca del traductor. El Centro de Estudios Clásicos, del que después de su jubilación formara parte, acogió en su serie de Cuadernos dos obras de Aristófanes: la *Lisístrata* (1987) y *La asamblea de las mujeres* (1996), con introducción, traducción y notas de Pulido Silva. También son suyos estos títulos: *Etimología grecolatina del español*, *Gramática comparada grecolatina* y *Estética* (1966, los tres) y *Gramática superior española* (1967), habiendo dejado en preparación la *Odisea* de Homero, *Helena de Troya* de Eurípides y *Las suplicantes* de Esquilo, e inédito un método para hablar en griego clásico, del que mis compañeros de aquel entonces y yo recibimos gratuitamente una copia hecha en mimeógrafo.

No puedo terminar esta nota sin decir que Alberto Pulido fue un gran defensor de las letras clásicas en México. Durante los años cincuentas del siglo apenas pasado, desplegó una campaña periodística y académica para protestar por la supresión que en aquel entonces se hiciera del latín y del griego en la enseñanza media superior y en la Facultad de Filosofía y Letras. Sin duda, en gran medida gracias a su labor social se debe que México cuente hoy en día con estudios clásicos.

Gracias, maestro Pulido, por haber compartido el entusiasmo de sus lecturas griegas con sus alumnos, entre los cuales tuve la fortuna de contarme.

Bulmaro REYES CORIA